



Despoñando el pimiento (Aldeanueva de la Vera, 1928).
ES.10037.ADPCC/04.02.50.07.//FOT00644

Hasta hace muy poco tiempo, el papel de las mujeres en la sociedad se limitaba al cuidado del hogar y de los niños, además de otros tipos de trabajo que se consideraban propios femeninos. Pocas eran las que lograban salir de ese estrecho cerco, sobre todo en lugares apartados y en ciudades pequeñas, donde el peso de lo provinciano obligaba a sus habitantes a no abandonar la tradición: si un hombre nacía hijo de campesinos, campesino sería para toda la vida, como una herencia que se arrastraba a lo largo de las generaciones; si nacía en casa rica, podía ser lo que le diera la gana, dentro de lo que se consideraba digno para los de su clase. Si una mujer nacía campesina no podía escapar de ser lo mismo, pero si nacía en una familia adinerada tampoco tenía libertad para hacer lo que quisiera, pues estaba sometida primero al padre y luego al esposo, incluso para disponer de su propio dinero y bienes necesitaba el consentimiento firmado del varón. A la mujer se la consideraba incapaz para muchas acciones de la vida cotidiana y debía vivir bajo la supervisión de un tutor.



Alumnas del Colegio Provincial de la Inmaculada en clase de costura (1956).
ES.10037.ADPCC/04.02.50.05.//FOT00378

No obstante, la mujer siempre ha trabajado, y mucho. No solo con las tareas de cuidado de los hijos y de la casa, sino con otros oficios que tradicionalmente han asumido fuera del hogar. Así era fácil ver a las mujeres trabajando como aguadoras, acarreamo pesados cántaros sobre la cabeza o al cuadril desde las fuentes públicas, acudiendo a los lavaderos para dejarse la piel en las aguas frías mientras frotaban con energía la ropa en las bateas, o como labradoras, en todas las



Instituto de Maternología y Puericultura. Casa Cuna. Nodrizas (1928).
ES.10037.ADPCC/04.02.50.05.//FOT01764



Aguadoras en Fuente Concejo en Cáceres (1930). ES.10037.ADPCC/04.02.51.//POS00935

labores que se le solicitaran relacionadas con la agricultura; para sacar algún dinero, muchas ejercían de nodrizas, criando niños ajenos; en el peor de los casos, la prostitución era la salida para la miseria. El oficio más intelectual al que podían aspirar era el de maestra, al fin también relacionado con el cuidado y la educación de los más pequeños.



Poblado de colonización de Vegaviana. Lavandera (1951-1958).
ES.10037.ADPCC/04.02.50.06.//FOT00221

Su labor y su esfuerzo quedaban en la sombra, sus posibilidades intelectuales flotando en el estéril territorio de lo que pudo haber sido y no fue. ¿Cuántas escritoras, cuántas científicas, cuántas artistas hemos perdido? Si acaso, “la señorita de Tal nos deleitará interpretando unas piezas al piano”, pero ni siquiera a esto se podían dedicar de manera profesional. Sin embargo, el estudio, la escritura, la imaginación y la investigación son trabajos del intelecto y pueden ejercerlos de igual modo hombres y mujeres. No se ha entendido así a lo largo de la historia, pero la historia se está escribiendo cada día con nuevas páginas en las que a la mujer ya se le reconoce el papel que siempre debería haber tenido.

En la historia de nuestra provincia también contamos con mujeres que se salieron de los cánones marcados para su época. Mujeres diferentes que, cada una a su manera, no se resignaron a papeles secundarios y dieron los primeros pasos para lograr una sociedad más igualitaria en cuanto a género.



Cocina del Hospital (1928). ES.10037.ADPCC/04.02.50.06.//FOT01926